

La memoria es como una placa fotográfica que, además de sucesos, guarda atmósferas. Es una casa hecha de fragmentos de muchas vivencias posibles. Deambulamos por sus estancias. Ninguna de estas estancias ignora el carácter de la luz. La mayoría de estas estancias, atmósferas e instantáneas se formó en días verdaderamente luminosos o sombríos, en días extremos que agudizan la memoria; días de felicidad y gozo, de amor, de libertad, de calma; días difíciles regidos por la angustia, por el tedio, por la espera que no termina, por la desesperanza, días de furia. La intensidad con la que un recuerdo se perfila depende en buena parte de la propia intensidad del suceso, del momento que lo funda.

Este recorrido invita a entrar de nuevo en nuestra casa, abrir las ventanas, o encender la luz, recorrerla tratando de verla en su potencial imaginario y en su capacidad de dejar huella. La presencia de la luz explica la manera de ser de nuestras casas, más allá de las alteraciones de cada día. El desorden de las cosas se multiplica con los rayos de luz, se vuelve activo y adquiere una belleza que las cosas en orden ignoran. También los reflejos y las sombras dibujan signos sobre las paredes y cubren como alfombras ocasionales los suelos. Todos los datos luminosos pueden representar muy bien la rutina de la casa, la repetición de los ciclos: el paso del tiempo escribiendo sus signos sobre las cosas. La luz es el material que al unirse a las formas de la arquitectura convierte cada casa, cada espacio, en un lugar que cambia.

El trato cotidiano, doméstico, con la luz forma una música tranquila que se irá amplificando en los grandes espectáculos de la luz que podemos observar en otros ámbitos, en espacios públicos, en las ciudades, o en la naturaleza. En esa otra dimensión, la luz se aprecia en momentos como el amanecer o el anochecer, vistos desde paisajes y ciudades, con la solemnidad que adquieren estas horas en los espacios abiertos. La puesta de sol, vista desde la orilla del mar, desde las llanuras o desde las montañas, se convierte en una ceremonia que exige silencio. La caída del sol se acelera en los últimos momentos, y esta aceleración parece dejar en suspenso el resto de las cosas que nos rodean. (...)

La luz incide de distinto modo en los espacios que compartimos y que permanecen activos. Esta actualidad radical se da, sobre todo, en el campo abierto de las ciudades y poblaciones del mundo, en los lugares públicos donde cruzamos nuestros caminos con los de los demás, cada día. Las estaciones del año marcan, bajo la plenitud del aire y del cielo, el carácter de los rincones urbanos, así como el de las plazas y las calles rodeadas por edificios. La luz está siempre presente en el espacio abierto de los parques, en las riberas urbanas de los ríos, donde parece ensancharse, o en las orillas del mar que limitan el ámbito de algunas ciudades. En todos estos lugares y situaciones, la luz es distinta. Conocemos el carácter de las sombras en las calles, amables en verano pero inhóspitas en días fríos o ventosos. Sin las sombras, en las ciudades del Mediterráneo, o en las ciudades del sur del planeta, sería un tormento vivir: sería vivir siempre en un desierto. Nos movemos en los espacios artificiales entre las emociones, los recuerdos y la búsqueda de un ambiente habitable, en una verdadera madeja de impresiones y posibilidades en que la luz, los colores y las sombras tienen su papel y su significado.

Cada ciudad tiene su cielo, además de tener un peculiar carácter, un ritmo, unos colores. Y cada habitante tiene su mapa personal de ciudades, en relación a las impresiones que ha guardado, un atlas privado que probablemente no sirve para todos.

Si quisiéramos conocer la luz tendríamos que dirigirnos también a la literatura tanto como a la experiencia, antes que a la historia de las construcciones y de la arquitectura. La literatura sabe mucho de la luz y de las sombras. A medida que leemos las páginas de una novela o de una historia, los matices de la luz van apareciendo ante la pantalla de la imaginación que les da una nueva vida. Sería imposible almacenar todos los datos que sobre la luz pueden haber en el mundo de la literatura. Pero no es difícil indicar hasta qué punto en cualquier lectura existe una determinada poética de la luz. Ya vimos los tintes sombríos que se escondían detrás de las fantasías sobre mundos futuros en los que no reina la felicidad. Pero las distopías son una parte mínima de toda nuestra herencia literaria. De las novelas leídas surgen espacios, casas, paisajes que tendrán fuerza en nuestra memoria. Incluso más allá de la conciencia.

Apenas entrevistas en la literatura antigua, las casas, como las ciudades, centran la literatura desde el siglo XIX, que ya se ocupa de los asuntos de las vidas comunes. Casas oscuras y tétricas: como la casa Usher, que vemos hundirse en el cuento de Edgar Allan Poe, o como la cabaña solitaria de *Cumbres Borrascosas*, en la novela de Emily Brontë. Casas en las que no nos importaría vivir, como la *Casa desolada*, de Dickens, a pesar del título que parece negar sus virtudes. Cuartos y casas vecinales siempre extraños, como las que aparecen en los cuadernos y apuntes de Kafka, o en sus historias acabadas, como en *El proceso* o *La metamorfosis*. Casas encantadas, sometidas a la tiranía de los fantasmas, como las de los cuentos de Venecia de Henri de Regnier.

La casa de la novela *Al faro*, de Virginia Woolf, había sido realmente explorada por ella: una casa de vacaciones llamada "Talland House", en St. Ives, en Cornualles, cercana al mar y al faro de Godrevy que alquiló el padre de Virginia, para pasar las vacaciones de la familia durante doce años. Una casa medida palmo a palmo —con la precisión con la que los niños exploran las casas— y que se hunde en la soledad, en mitad de la novela. Virginia Woolf nos explica entonces el proceso de degradación de una estructura abandonada durante años. Una casa donde la luz y la penumbra viven en soledad; una casa durante años deshabitada, de cuya ruina son sólo testigos los muebles y los objetos también abandonados. Virginia Woolf ha vuelto a las casas en todas sus novelas: en *Las olas* el tiempo se desliza a través de esas casas y de las ciudades, mientras la luz siempre distinta de las horas del día va marcando el principio de cada capítulo en un mismo paisaje, a la orilla del mar.

Las habitaciones que se suceden también en las páginas de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, aunque resultan apenas visibles en la penumbra de sus horas de insomnio, nos devuelven esa sensación especial de los silencios y obsesiones de la noche. Tienen nuestra propia vida con el tono del relato minucioso, descrito con la atención expectante que domina en toda la obra de Proust. La linterna mágica que instalaban en la lámpara de su primera habitación de Combray, que bañaba con sus imágenes fantásticas en movimiento las paredes, recuerda los efectos de las luces artificiales sobre los muros de las habitaciones nocturnas. Recuerda los destellos observados, a veces con temor, en las casas y en los espacios de la infancia, cuando nuestra atención era también mucho más precisa. La obra de Proust remite a la manera en que Henri Bergson describía la articulación de la memoria y la percepción, en *Materia y memoria*.



Talland House en St. Ives, Cornualles, la casa de vacaciones de la familia Stephen entre 1892 y 1894.

La percepción y la memoria son algunos de los ejes de la larga búsqueda de ese tiempo perdido: en sus páginas reconocemos las intuiciones del filósofo, detrás de las palabras brillantes de la literatura. En todo este camino de búsqueda de la emoción estética, reencontramos los matices de la luz, las horas que la cambian, su representación en la pintura y su ilusión en los paisajes, así como el dolor de la oscuridad que espera la luz de cada nuevo amanecer.

La búsqueda más precisa de lo que en realidad ocurre entre la impresión, el estímulo, la percepción y el recuerdo ha seguido importando a la filosofía, sobre todo a partir de la fenomenología, de su giro desde las alturas de la metafísica hasta la proximidad de la experiencia y de los acontecimientos que envuelven nuestra vida. Los libros de Gaston Bachelard surgieron de estos nuevos enfoques de la filosofía, volcada sobre las revelaciones de la poesía y de la experiencia común. *La poética del espacio* dibuja un recorrido por las distintas formas de lugares, por los rincones que despliegan en la imaginación la ensoñación, la forma de fantasía que tanto interesó a Bachelard. En todos estos espacios abundan las consideraciones acerca de la luz, de la intimidad asociada a ella, de todo lo que se repliega hacia el interior de los espacios y se oculta, aceptando la penumbra y la oscuridad.

Reconocer el poder de la percepción nos permite rehacer nuestros caminos más íntimos de memoria y esbozar una especie de biografía que recupere vivencias, recuerdos de la luz y de su cortejo de sombras, seguir pensando el valor que le damos. Podemos escribir una crónica personal en claro-oscuro, con especial atención en los matices de la luz. Aunque no lo hayamos pensado antes, nuestra vida ha ido participando en ese juego permanente con la luz del mundo, un juego cotidiano en el que la arquitectura, las casas, los paisajes y las ciudades tienen y han tenido poder. Nadie que haya sentido la emoción de contemplar el mundo iluminado podrá dejar de esperar



Habitación del pequeño Marcel en casa de su tía Léonie en Illiers-Combray, Eure et Loire, Chartres.

la luz en los lugares en los que transcurre su vida. Encontraremos siempre la luz en los recuerdos, porque esas son las condiciones de este mundo. Para percibir la luz ha de existir un hilo, aunque sea secreto, que una el pasado al presente.

La luz juega dentro de los espacios de nuestras casas, de nuestros palacios cívicos, de templos y edificios solemnes. Dentro de los espacios que cierran muros y ventanas y cubren tejados y terrazas, se abren cajas en las que la luz puede danzar de manera rutinaria, repitiendo las variaciones de los ciclos de los días y de las estaciones; o donde sus reflejos o los rayos que se filtran pueden marcar acontecimientos brillantes que sólo el azar recordará: el paso de una nube que oscurece el sol, la proximidad de la tormenta, las sombras de las ramas de los árboles que mueve el viento. Todos los matices de la luminosidad hacen distintas las horas y diferentes los días. Días de sol de invierno; días de lluvia. Luz otoñal que parece inclinar las sombras. A veces, la luz atraviesa ventanas que se han descubierto o se refleja de pronto en un cristal cuyo ángulo le ha dado la oportunidad de incendiar un instante un espacio interior. Esos destellos instantáneos son parte también de la memoria del espacio que hemos habitado.

La luz de los espacios íntimos y cotidianos termina siendo la más importante porque podemos intervenir en sus juegos. Los espacios de la vida, los lugares en que trabajamos, dormimos, despertamos, donde nos acostamos para descansar, están todos determinados por una atmósfera vinculada a la luz, a su color, a su tonalidad, a su intensidad, a las sombras que proyectan las cosas. En cada instante puede dibujarse un mapa de la luz, de la sombra y del color. Una cartografía de luces con la que nos orientamos. Somos autores de esas guías imaginarias que contienen también el relato de lo que fuimos, de lo que pasó, de lo que nunca más volverá y no quiere ser destruido.